

¿Segmentación morfológica o reanálisis? Formaciones con el sufijo *-idad* o **-abilidad, *-icidad, *-edad...*

ROSA ANA MARTÍN VEGAS
Universidad de Salamanca

1. INTRODUCCIÓN

La segmentación morfológica ha sido un tema muy discutido en la historia de la lingüística debido a las propias limitaciones del análisis en las lenguas flexivas y a la controversia sobre el reconocimiento de la estructura de la palabra como objeto de estudio de la morfología. El debate se deriva, por una parte, de la dificultad que existe en muchos casos para segmentar las palabras polimorémicas en las lenguas flexivas, y por otra, del reconocimiento por parte de las distintas teorías lingüísticas de un modelo dual o unitario de procesamiento de la morfología.

El modelo dual, desarrollado por la lingüística tradicional y recientemente defendido por Pinker (1999), considera dos mecanismos diferentes de funcionamiento de la morfología: la morfología regular se procesa con la aplicación de reglas a unas bases almacenadas y la morfología irregular, por el contrario, junto con las palabras regulares más frecuentes, se almacena en el léxico mental. En estos modelos, las palabras regulares se procesan segmentadamente (las unidades de significado —raíz, afijos— se combinan a través de unas reglas) y las palabras irregulares se encuentran en el léxico como unidades enteras, sin segmentar. Los modelos unitarios, sin embargo, consideran un único mecanismo de procesamiento del léxico: todas las palabras, regulares e irregulares, se encuentran almacenadas en el léxico y conectadas unas con otras por medio de rasgos semánticos y/o formales compartidos. Según estos modelos, las palabras morfológicamente complejas, independientemente de su regularidad, tienen partes identificables en otras palabras que permiten al hablante establecer generalizaciones con efectos parecidos a los de las reglas. Estos rasgos compartidos, que a partir de ahora llamaré *segmentos de identidad*, adquieren valor si el hablante opcionalmente los identifica como unidades. Los segmentos de identidad no necesariamente son unidades gramaticales, es decir, no siempre son identificables con morfemas. Por esta razón, los términos *segmentación* y *reanálisis* difieren en que mientras la *segmentación* es un concepto gramatical, el *reanálisis* es un concepto cognitivo y, por tanto, opcional (los hablantes pueden dividir una palabra en segmentos de identidad o, por el contrario, no hacerlo; igualmente, los hablantes pueden dividir una pa-

labra en partes coincidentes con morfos gramaticales o realizar “falsos análisis”, es decir, divisiones no morfemáticas). Pues bien, estos segmentos de identidad distinguidos por los hablantes y destacados por los lingüistas defensores de los modelos unitarios no son nunca considerados como la base para la generación de formas completas, como sucede en los modelos basados en reglas como el generativista o los modelos duales.

En este trabajo estudiaré el problema de la segmentación en los derivados del castellano con el sufijo *-dad* (o *-edad*, *-idad*, *-tad*), adoptando la perspectiva de reanálisis que defienden las recientes corrientes gramaticales de modelos unitarios (la noción de *esquema* de Bybee 1985, 2001, el conexionismo de Rumelhart & McClelland 1986, el modelo analógico de Skousen 1989, 1992, los estudios psicolingüísticos de Aitchison 1987 y Eddington 2002). Expondré, en primer lugar, las diferencias que existen entre un análisis basado en la segmentación y el reanálisis, y posteriormente adoptaré los neologismos acabados en *-dad* como argumento en defensa de la tesis del *reanálisis cognitivo*.

2. ¿SEGMENTACIÓN O REANÁLISIS?

La segmentación de una palabra en morfos relacionados biunívocamente con los morfemas que representan no siempre es fácil en las lenguas flexivas. En muchos casos no hay correspondencia morfo - morfema: por una parte, no siempre es posible determinar el significado singular de un morfo en una palabra concreta, y por otra, a veces no se puede distinguir el morfo singular que representa a un determinado morfema. Distintos aspectos dificultan la segmentación de una palabra: (a) el carácter sincrético de algunos morfos (por ejemplo, la *o* del verbo *leo* representa cinco morfemas: persona, número, tiempo, modo y aspecto), (b) la existencia de morfos vacíos (por ejemplo, la vocal temática de los verbos en castellano —*am-a-re-mos*— o los interfijos en la derivación —*pan-ad-ero*—), (c) la existencia de procesos flexivos que producen cambios internos en la raíz (por ejemplo, la apofonía vocálica causante de alternancias morfofonológicas en casos como *venía* - *vino*, ing. *sing* - *sang* ‘canto - canté’, al. *Buch* - *Bücher* ‘libro, -s’, rum. *profesor* - *profesoară* ‘profesor, -a’) o (d) la existencia de procesos de fusión de segmentos y el surgimiento de alternancias (por ejemplo, *clavel* - *clavellina*, *nariz* - *narigudo*, it. *agisco* - *agisce* /sk/ - /ʃʃ/ ‘actúo, actúa’). Los modelos descriptivos de mayor desarrollo en el siglo pasado, el *Item and Arrangement* (IA) en sus diferentes versiones (Harris 1942, Hockett 1958 [1971]) o los generativistas *Item and Process* (IP) y *Word and Paradigm* (WP) (Matthews 1965, Anderson 1982) intentan resolver estos problemas de análisis, bien creando conceptos determinados para describir los casos en que no existe correspondencia morfema - morfo (modelo IA)¹, bien con la postulación de una forma base abstracta de la que

¹ Para describir los casos en los que un morfo representa a más de un morfema crean los conceptos de *morfema o alomorfo cero*, *morfo portmanteau*, *morfo sustitutivo*, *morfos superpuestos*

proceden los alomorfos tras la aplicación de unas reglas fonológicas (IP), o bien rechazando la consideración del morfo como identificador del morfema y la teoría de correspondencia biunívoca entre morfo y morfema (WP)². En cualquier caso, el objetivo de todos estos modelos es describir las unidades que componen las palabras complejas y las reglas que combinan esas unidades identificadas en función de una correspondencia forma-significado.

Frente a este planteamiento de análisis, la lingüística moderna resta validez a la segmentación de palabras en unidades mínimas de significado predeterminadas históricamente (raíz, afijos) y se cuestiona si las palabras se almacenan en el léxico mental como unidades enteras o segmentadas. Las corrientes lingüísticas desarrolladas a partir de los años ochenta (la teoría morfológica de Bybee, los conexionistas, el modelo analógico, los estudios psicolingüísticos) abordan el tema de la segmentación desde una perspectiva cognitiva, es decir, plantean la posible segmentación interna de las palabras como un proceso de reanálisis que los hablantes / oyentes perciben y realizan en función de parámetros como las similitudes entre formas y la frecuencia. Este reanálisis no tiene por qué coincidir con el análisis gramatical histórico. Puede haber morfemas que aparezcan en varias palabras pero que no se definan como morfemas por no tener un significado identificable y que, sin embargo, sean apreciados como unidades por los hablantes, que perciben la asociación como una secuencia fragmentable (por ejemplo, ing. *-ceive* en *receive* - *reception* ‘recibir - recepción’, *deceive* - *deception* ‘engañar - engaño’, Bybee 2001). Por tanto, los defensores del reanálisis no se enfrentan a los problemas de descripción que tienen los modelos tradicionales, porque la identificación de unidades no tiene por qué tener estatuto histórico y/o gramatical; basta con que el hablante perciba esa unidad y ese reconocimiento tenga un valor comunicativo.

Los usuarios de la lengua pueden reconocer fragmentos sígnicos en las palabras, pero, en contra de la tesis generativista, esto no significa que, cuando los hablantes procesen las palabras, acudan a la fragmentación o a la transformación de una forma base abstracta en una superficial derivada. Bertinetto (1994: 87) demuestra con formaciones en principio erróneas, como el italiano *contraddiva* por *contraddiceva* ‘contradecía’, el desconocimiento que tienen los hablantes de las formas subyacentes o de las formas básicas históricas: en este caso no entienden que *contraddire* ‘contradecir’ es un compuesto de *dire* ‘decir’. Del mismo modo, los hablantes desconocen en muchos casos los límites de fronteras morfemáticas. Un ejemplo claro de reanálisis con efectos precursores del cambio lo encontramos en la palabra inglesa *orange* ‘naranja’ (Pinker 1995: 267): en origen era *norange*, un préstamo del español *naranja*; la palabra *norange* dentro del sintagma *a norange* ‘una naranja’ sufrió el reanálisis *an orange*, una vez considerada la *n* inicial como parte del artículo indeterminado

y *morfos acumulativos*; cuando el morfo no representa a ningún morfema, los conceptos de *morfo vacío* y *morfo redundante*.

² El modelo WP toma la “palabra”, no el “morfema”, como base para el análisis gramatical. De esta forma soluciona el problema de representación de los morfos polisémicos y homónimos.

inglés *an*, que antecede a los nombres que comienzan por vocal. Esta falsa segmentación dio lugar a un cambio en la palabra (de *norange* a *orange*). En castellano tenemos casos comparables con las palabras *bodega* (APOTHECA > l'abodega > *la bodega*) o *atril* (LECTORILE > *letril* > l'etril > *el etril* > *el atril*)³. De esta manera, parece patente que el análisis que hacen los hablantes (el llamado reanálisis) no siempre coincide con el análisis gramatical y que, además, puede ser decisivo para el cambio lingüístico⁴.

Nadie pone en duda que los hablantes sean capaces de segmentar las palabras en unidades de significados y que este proceso les sea útil para deducir el significado de palabras nuevas. Aitchison (1987), defensora del almacenamiento de las palabras en el léxico mental como unidades no segmentadas (frente a las teorías taxonómicas o generativas), contempla en la misma línea de Bybee o de los conexionistas, la relación que mantienen unas palabras con otras, enteras y/o por partes. Así, prueba que, cuando a un hablante desconocedor del significado del topónimo *Plymouth*, le presenta un mapa de la ciudad con el río Plym, inmediatamente asocia el topónimo con *Dartmouth*, *Exmouth* y los ríos *Dart* y *Exe*, y analiza *Plymouth* como *Ply(m)-mouth* 'en la boca del río Plym' (Aitchison 1987: 116). El reanálisis favorece el reconocimiento de significados, aunque no siempre el significado de una palabra compleja es la suma del significado de sus partes: por ejemplo, *burladero* no es sencillamente un lugar (-ero) donde se pueda burlar (*burl-ad-*); el término se ha especializado como 'trozo de valla que se pone en las plazas de toros o en los lugares donde hay toros bravos para poder burlar al toro tras él'. Tampoco *maldecir* significa 'decir mal' ni *aguafiestas* es un tipo de 'fiesta' o de 'agua', pero, a pesar de estos casos con una clara frontera formal (*mal-decir*, *agua-fiestas*) y una vaga comprensión semántica a partir del significado de sus elementos, se ha probado que el reanálisis es un proceso motivador de nuevas creaciones (por ejemplo, los neologismos *visionar* o *accionar* se crean gracias al reconocimiento de un sufijo productivo -ar en muchos otros verbos denominales como *monologar*, *archivar*, *diluviar*).

Como vemos, los hablantes realizan eventualmente segmentaciones (reanalizan las palabras en unidades). Ahora bien, desde la perspectiva de estas actuales corrientes de corte cognitivista, el estudio de la segmentación no es una cuestión de descripción estructural. La labor del lingüista no es intentar describir la estructura de las

³ La reinterpretación del primer fonema de la palabra como parte del artículo da lugar a la aféresis y al cambio.

⁴ La reinterpretación de reglas fonológicas y morfológicas que han hecho los hablantes a lo largo de la historia de la lengua ha sido determinante en el cambio histórico. Por ejemplo, la regla fonológica conocida con el nombre de *umlaut* en las lenguas germánicas (metafonía causada por una vocal final cerrada) ha sido en su evolución totalmente reinterpretada como regla morfológica. Es decir, si en un principio la alternancia en el inglés *foot* - *fofi* → **feti* → *feet* 'pie, -s' era una alternancia morfológica, cuando desapareció por completo la marca fonológica causante del cambio (la -i de plural), pasó a interpretarse como una regla morfológica: la única marca de plural en las formas *goose* - *geese* 'ganso, -s', *tooth* - *teeth* 'diente, -s', *mouse* - *mice* 'ratón, -es', es la alternancia en la raíz (Pinker 1995: 269).

palabras remontándose a la historia de los formantes y las reglas de combinación. Tampoco es función del lingüista clasificar unidades de significado y encasillarlas en torno a una misma base o paradigma. La morfología (las posibles unidades morfológicas y reglas) surge de la intrínseca organización del léxico, que está interconectado en nuestro cerebro en función de rasgos de identidad formal y semántica. El lingüista ha de dar cuenta de las consecuencias de esas relaciones para explicar los mecanismos de adquisición de la lengua, su procesamiento y el cambio producido por el uso que de ella hacen los hablantes. Los modelos teóricos previos no caben en una lingüística que adopta la perspectiva del hablante y la experimentación psicolingüística como fuente de su investigación. El concepto de *segmentación*, que tiene un valor de pre-determinación gramatical, ha dejado paso en esos últimos años al llamado reanálisis, que se basa exclusivamente en la interpretación que el hablante / oyente hace de los signos de acuerdo con su conocimiento individual del léxico y las relaciones de identidad que configuren su propia organización mental. El reanálisis se basa en las conexiones y, como veremos más adelante, permite explicar algunas formaciones nuevas con el sufijo nominalizador *-idad*.

3. EL SUFIJO NOMINALIZADOR *-IDAD*

Hay unas mil formaciones con el sufijo *-idad* y más de cien neologismos. Es, por tanto, un sufijo frecuente y productivo. Forma *nomina qualitatis* y, según Rainer (1993: 527), presenta cinco variantes diacrónicas: *-idad*, *-edad*, *-dad*, *-tad* y *-ad*⁵. La alomorfia del sufijo no ha sido puesta en duda: (a) todas estas variantes tienen el mismo significado, 'nombres de cualidad', (b) tienen una distribución complementaria y c) hay reglas fonológicas, morfológicas y morfofonológicas que predicen la existencia de las variantes productivas *-idad* y *-edad* (Santiago Lacuesta & Bustos Gisbert 1999: 4536). Sin embargo, la distribución de los distintos alomorfos puede describirse desde perspectivas muy distintas.

⁵ Alemany Bolufer (1920: 40-2) y Santiago Lacuesta & Bustos Gisbert (1999: 4535-7) señalan cuatro alomorfos del sufijo. No mencionan como variante distinguida la forma *-ad* que Rainer señala en *humildad* y *humedad*. Esta primera disparidad, en principio sin importancia, en la determinación de variantes del sufijo es indicio de un planteamiento descriptivo distinto. Tanto Alemany como Santiago Lacuesta & Bustos Gisbert utilizan criterios diacrónicos para la clasificación de estos derivados. La forma *humildad* procede del derivado latino HUMILITAS, -ATIS. Según datos del DCECH, en la Edad Media conviven las formas *humilidat* y *humildad* pero, finalmente, acaba imponiéndose la forma con contracción haplológica. Teniendo en cuenta la historia de la palabra, el sufijo es *-idad*, posteriormente reducido a *-dad*. También *humedad* procede de un derivado latino, UMIDITAS, -ATIS, con un sufijo originario *-idad* posteriormente reducido por haplología. Sin embargo, el análisis de Rainer adopta una perspectiva sincrónica: *humildad* y *humedad* derivan de los adjetivos *humilde* y *húmedo*. Un análisis que tenga en cuenta la asociación transparente de estos derivados con su base distingue un sufijo *-ad* independientemente de que pueda ser explicado como consecuencia de la contracción haplológica *humilde* → **humildedad* → *humildad*.

3.1. Perspectiva histórica

Alemany Bolufer (1920: 40-2) explica la aparición de las distintas variantes de este sufijo nominalizador en función del origen de los derivados. Distingue dos grupos de derivados con el sufijo *-dad*: los que proceden del latín y los derivados romances. Dentro del grupo de derivados ya existentes en latín, distingue formaciones de evolución patrimonial (p. ej., BONITATEM > *bondad*, VERITATEM > *verdad*), formaciones semicultas (p. ej., DEBILITATEM > *debilidad*) y formaciones cultas (p. ej., LIBERTATEM > *libertad*). En estos tres casos, tenemos las variantes *-dad*, *-idad* y *-tad* procedentes del mismo sufijo latino -TATEM. Los derivados romances tienen las variantes *-idad*, *-edad* distribuidas según las siguientes reglas: (a) si el adjetivo base es bisílabo y acaba en vocal, se añade la forma *-edad* (p. ej., *salvedad*, *viudedad*, *propiedad*), (b) si la base es bisílaba y acaba en consonante, o la base tiene más de dos sílabas, entonces se añade *-idad* (p. ej., *actualidad*, *prodigiosidad*). Los casos excepcionales a esta norma se deben, según señala Alemany Bolufer, a la procedencia latina de los términos (p. ej. *fatuidad* < FATUITATEM, *enfermedad* < INFIRMITATEM).

Como vemos, según esta descripción, la distribución en los derivados romances de las dos variantes productivas, *-idad* y *-edad*, estaría fonológicamente condicionada por la estructura de la sílaba. Esta misma tesis es defendida por Santiago Lacuesta & Bustos Gisbert (1999: 4536-7), pues consideran que la regla que Alemany describe para la distribución de *-idad* y *-edad* es bastante general, es decir, describe la mayor parte de las formaciones. Pese al alto grado de regularidad, hay excepciones (ej. *densidad*, *nulidad*...) y asimismo mencionan la existencia de cuatro tipos de procesos morfofonológicos también de carácter excepcional: a) elisión del sufijo derivativo: *identidad*, *novedad*, *voluntad* ..., (b) presencia de interfijos o falsa sufijación: *credibilidad*, *fealdad*, *simplicidad*..., (c) alternancias morfofonológicas: /ué/ - /o/ *huérfano* - *orfandad* (pero *crueldad*), /e/ - /i/ *femenino* - *feminidad*, /k/ - /θ/ *caduco* - *caducidad*, /d/ - /θ/ *privado* - *privacidad*, y (d) suplantación: *amigo* - *amistad*, *libre* - *libertad*... Respecto a la distribución de las variantes *-dad* y *-tad*, justifican su carácter sincrónicamente impredecible afirmando que se trata de derivados léxicamente marcados⁶.

Este tipo de explicación se basa en la mediación de reglas para la formación de palabras. El origen del derivado (de formación latina o romance), por un lado, y, por otro, las características fonológicas del adjetivo base, determinan la aparición de una variante u otra del mismo sufijo. La aplicación de la regla morfológica de sufijación

⁶ En la misma línea, Lang (1990 [1992]: 182) presenta la productividad del sufijo *-dad* como consecuencia de la falta de condicionamiento morfológico y/o semántico de las bases adjetivales a las que se adjunta. Sin embargo, la descripción que hace de la distribución alomórfica es confusa: por una parte, señala que *-edad* aparece en bases bisilábicas acabadas en diptongo o en /e/ átono (criterio fonológico) y, por otra, agrupa los distintos derivados según criterios morfológicos (los procedentes de adjetivos en *-ble*, de adjetivos en *-oso*, de adjetivos en *-ivo*), según criterios semánticos (los abstractos de nacionalidad) y según criterios léxicos (por ejemplo, incluye las formas *vecino* - *vecindad* y *cruel* - *crueldad* dentro del mismo grupo aunque fonológica y morfológicamente no parece que tengan nada que ver, porque a los dos derivados les supone un sufijo *-dad*).

-idad o *-edad* está condicionada por la contextualización fonológica del adjetivo base. La aparición de una u otra variante es totalmente predecible: en tal contexto → tal variante. Los casos en que no se cumple la regla son excepcionales y, como tales, están marcados en el léxico. En algunos casos esta marcación léxica puede tener una explicación, el origen (cultismos: *amistad*, anglicismos: *privacidad*), pero en otros casos, no se atribuye la excepcionalidad a ninguna causa (p. ej. *nulidad*, *otredad*).

3.2. Perspectiva sincrónica

La perspectiva descriptiva que adopta Rainer (1993: 527-31) es totalmente distinta. En primer lugar, señala un alomorfo más del sufijo que los que adoptan la perspectiva histórica. Rainer indica la forma *-ad* como otra variante más, pues es totalmente reconocible en derivados como *amistad* o *dificultad* a partir de otras formas derivadas con la misma base *amist-*, *dificult-* (*amistoso*, *amistar*, *difícultoso*, *dificultar*). Este planteamiento no es considerado en una descripción diacrónica, ya que, yendo al origen de estas palabras, nos encontramos en los dos casos con un sufijo *-TATEM* > *-dad* (*AMICITATEM*, *DIFFICULTATEM*); por tanto, teniendo en cuenta la historia de estos derivados, el alomorfo *-ad* no existe. Y en segundo lugar, Rainer no distingue el origen de los derivados, latinos o romances, para describir la distribución de los alomorfos del afijo. Centra su descripción en las dos variantes productivas, *-idad* y *-edad*, y agrupa los derivados y neologismos en función del sufijo derivativo que forma a su vez las bases adjetivales de estos derivados nominales. La variante *-idad* es la más productiva, ya que *-edad* se une solamente a bases acabadas en *-io*. De esta forma, la aparición de un alomorfo u otro está determinada por el grupo morfológico de adjetivos. A partir de adjetivos terminados en *-ble*, *-ico*, *-ano*, *-oso*... se forman derivados nominales en *-idad* (así, *amabilidad*, *sistematicidad*, *ancianidad*, *belicosidad*...); los adjetivos terminados en *-io* / *-ío*, prefieren *-edad* (así, *arbitrariedad*, *impiedad*...).

La descripción de Rainer prescinde, por un lado, de la explicación de la determinación léxica (formaciones latinas o romances), y por otro, de la explicación de un proceso reglado (el contexto fonológico de la base como determinante en la distribución de alófonos). Pese a la generalidad del proceso de formación de derivados con *-idad* en bases de más de dos sílabas o bisilábicas acabadas en consonante, y del proceso de formación de derivados en *-edad* con bases bisilábicas acabadas en vocal, Rainer opta por el agrupamiento de derivados en función del sufijo del adjetivo del que proceden, asumiendo implícitamente una perspectiva cognitiva. Parece más plausible desde el punto de vista de la percepción de un hablante el reconocimiento de modelos o grupos de derivados que comparten secuencias fonológicas (por ejemplo, *belicosidad*, *fogosidad*, *jugosidad* comparten la secuencia *-osidad* y en estas formas se pueden reconocer los adjetivos *belicoso*, *fogoso*, *jugoso*, que comparten la secuencia / sufijo *-oso*), que el reconocimiento de propiedades fonotácticas (número de sílabas de la forma base, estructura de la sílaba final). Por tanto, es fácil pensar en *nomina qualitatis* en *-icidad*, *-alidad*, *-iedad*..., ya que son secuencias apreciables en un gran número de palabras. Por otra parte, el hablante no tiene por qué analizar *simplicidad* como

simpl-ic-idad, con un *-ic-* como interfijo, solo porque en *caloricidad* o *historicidad* sí aprecie la secuencia *-ic-* de los adjetivos *calórico* o *histórico*; tampoco tiene por qué saber de la existencia de una base latina SIMPLICEM de la que proceden el it. *semplice* o el port. *simples* y establecer conclusiones diacrónicas. Es posible que, ante la inexistencia de **símplico*, la forma *simplicidad* documentada desde Berceo se haya formado sobre el modelo de todas las formas acabadas en *-idad* (51 según Campa 1987), igual que *simplicista* o *simplicísimo* pueden haberse formado sobre modelos paralelos o sobre formas con *-ic-* del mismo paradigma. E, independientemente del origen del derivado, adoptando exclusivamente la perspectiva de un hablante que analiza la forma *simplicidad*, es muy probable que el hablante reconozca por una parte el adjetivo *simple* y por otra la secuencia *-idad*. Esta es la teoría de reanálisis que defienden las corrientes cognitivas actuales. Veamos a continuación si esta teoría tiene consistencia real.

4. DERIVADOS NEOLÓGICOS ACABADOS EN *-IDAD*

Rainer (1993) recoge numerosos neologismos que siguen el modelo de los derivados de adjetivos en *-oso*, *-al*, *-ivo*... La mayoría puede analizarse a partir de bases con esos mismos sufijos: por ejemplo, *cremoso* → *cremosidad*, *boscoso* → *boscoidad*, *inevitable* → *inevitabilidad*, *clásico* → *clasicidad*... Pero algunos neologismos no tienen como base los adjetivos derivados que se podrían presuponer por su forma: por ejemplo *accidentabilidad* no puede formarse a partir de **accidentable* ni *alcoholosidad* puede tener su origen en los morfos **alcoholoso* + *-idad*. En el mismo caso están *uropeicidad*, *americaneidad* o *marroquinidad*⁷. En todos ellos existe la posibilidad de suponer el presunto sufijo del adjetivo base —inexistente en estos casos— como un interfijo de unión entre el lexema y el sufijo *-idad*. Así, los derivados pueden segmentarse en lexema + interfijo + sufijo nominalizador *-idad*: *alcohol-os-idad*, *eu-rope-ic-idad*, *marroqu-in-idad*. Esta segmentación se basa en la correspondencia morfema - morfo: distingue una secuencia con el significado léxico, otra con el significado nominalizador, *-idad*, y otra intermedia que no representa a ningún morfema. Como descripción a posteriori del derivado puede ser válida, es decir, el lingüista, o incluso un hablante hábil, pueden analizar un neologismo de este tipo en una estructura tripartita. Sin embargo, no es fácil encontrar explicación para el origen de estos neologismos partiendo de una segmentación de este tipo.

El interfijo dificulta la transparencia del derivado y esto es poco natural. Entonces, ¿por qué en algún momento se han formado neologismos como *novelcidad* o *cotidianidad* por **novelidad* y *cotidianidad*? La antinaturalidad de un elemento vacío de contenido, por otra parte, nada icónico (no favorece la transparencia morfotáctica), permite contemplar la tesis del reanálisis: el reconocimiento de modelos o agru-

⁷ Todos estos neologismos están recogidos con la referencia exacta de la fuente en Rainer (1993: 527-31).

paciones de palabras que comparten las secuencias fonológicas *-bilidad*, *-osidad*, *-icidad*, *-eidad*, *-nidad*... influye en la creación de formas analógicas. Por tanto, el reanálisis que hacen los hablantes a partir de palabras próximas en el léxico por su similitud puede impulsar la creación de neologismos por analogía con estos modelos independientemente de la existencia o no de las bases adjetivales. Según la teoría del *esquema* de Bybee, todos los derivados acabados en *-idad* se encuentran agrupados en el léxico, forman un modelo porque mantienen conexiones formales y semánticas que los identifican como grupo. A su vez, dentro de este gran conjunto de nombres acabados en *-idad*, hay subgrupos identificados cuyos miembros comparten más rasgos, subgrupos unidos por conexiones más fuertes. Por ejemplo, los derivados acabados en *-bilidad* (182 según datos de Campa 1987) forman un grupo compacto frente a los derivados en *-osidad* (139), *-icidad* (51), *-eidad* (16), *-nidad* (75), etc. Tal y como se representa en la figura 1, el número de rasgos compartidos determina el grado de conexión entre las formas y el establecimiento de modelos / esquemas.

Estos modelos, en función del número de items y de la frecuencia de uso de esas palabras, son una fuente para la creación de nuevas formas similares. El reconocimiento por parte de los hablantes de segmentos de identidad —que no tienen que coincidir necesariamente con las secuencias de identidad gramatical— permite entender formaciones neológicas como *marroquinidad*, que no puede explicarse a partir de un adjetivo **marroquino*, sino a partir de los 75 derivados acabados en *-nidad* o de los 21 en *-inidad* (7 de ellos formados a partir de gentilicios)⁸. Los esquemas forman modelos de *consistencia analógica* e influyen en la forma de los neologismos⁹. Así, el llamado “falso análisis” o reanálisis porque no coincide con secuencias morfológicas, puede agrupar las nuevas formaciones en modelos como el de la figura 2.

⁸ Los datos numéricos proceden siempre del diccionario inverso de Campa (1987).

⁹ Eddington (2000: 100) defiende el poder de la *consistencia analógica* de los modelos en función de los rasgos compartidos entre sus miembros, del número de formas que integren el modelo y del parecido de la nueva palabra con el modelo que ejerce la atracción analógica. En esencia, el planteamiento difusor del cambio es el mismo que el efecto *gang* de Skousen o los mecanismos dinamizadores de la organización léxica de Bybee (la *fuerza léxica* y la *type frequency*).

Figura 1: esquema de formaciones en *-idad*

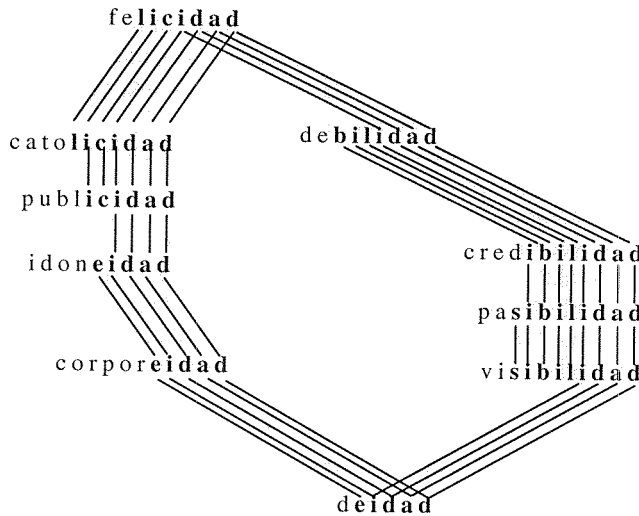


Figura 2

-bilidad	-osidad	-icidad	-eidad	-nidad
accidentabilidad	alcoholosidad	europicidad	americanidad	cuencanidad
deductibilidad		novelidad	cotidianeidad	marroquinidad
receptibilidad		polonicidad	masculinidad	
		tenuidad	absoluteidad	
		competividad	españoleidad	
			prematureidad	
			loleidad	
			ajeneidad	
			otriedad	

La fuerza de los modelos de identidad no solo sirve para explicar neologismos de reciente creación. En la historia de la lengua nos encontramos con formaciones que plantean el mismo problema de explicación:

1) Formas derivadas latinas que no pueden ser explicadas sincrónicamente de forma regular. Por ejemplo, *prodigalidad*, documentada ya en el s. XV (DCECH), procede de un latín tardío *PRODIGALITAS*, *-ATIS*, pero no responde a un análisis sincrónico **prodigal + idad* como sucede con *cordial + idad*. La forma *fealdad* tampoco tiene una derivación transparente a partir de *feo*, como sucede con *crueldad - cruel, maldad - mal*. Su origen etimológico es *FIDELITATEM* 'fidelidad', que evolucionó a *fealdad* y posteriormente a *fealdad* (*fealdat* a finales del XIII con el significado de 'prenda', 'encargo de confianza', 'feudo') por "influjo de los numerosos abstractos de

esta terminación (*igualdad, maldad* [...])”, según el DCECH. En el mismo diccionario etimológico se argumenta que, como *fealdad* había perdido su transparencia con el adjetivo base originario *fiel*, “interviniendo el influjo de *frialdad* y *cruealdad*”, pasa a emplearse como el abstracto del adjetivo *feo*. En este caso, tenemos un doble influjo analógico: (a) desde una perspectiva diacrónica, estamos ante un cambio semántico promovido por el alejamiento formal entre la forma base *fiel* y el derivado *fealdad* (la similitud formal con *feo* da lugar al cambio de significado); (b) desde un punto de vista sincrónico, tenemos un derivado *fealdad* en el que reconocemos al adjetivo *feo* porque sabemos que *fealdad* es ‘cualidad de feo’, pero que formalmente es un derivado opaco (el transparente hubiera sido **feidad* o **feoidad* o **feedad*); las formas *maldad* o *igualdad*, léxicamente ligadas por su significado y por la conexión formal del segmento *-aldad*, ejercen como modelo analógico para la interpretación de *feo* + **aldad* y/o para la explicación sincrónica de este derivado poco icónico con su base.

2) Hay excepciones a reglas generales de formación que pueden explicarse por atracción de otros modelos próximos fonológica y semánticamente. Los modelos con más ítems son más fuertes y ejercen atracción sobre otras formas —la llamada *type frequency*—: por ejemplo, la forma idiosincrásica *necesidad* frente a la transparente **necesariedad* forma parte de un modelo de 150 formas acabadas en *-sidad* frente a las 19 formas en *-riedad*. Por otra parte, la alta frecuencia de uso que tiene la palabra *necesidad* —la *token frequency*— fortalece la palabra como ítem más independiente y excepcional (con una formación idiosincrásica respecto a *arbitrariedad, transitoriedad* o *notoriedad*).

La concepción de un léxico mental organizado por patrones de identidad intrínseca y extrínsecamente interconectados rompe con la segmentación tradicional basada en la correspondencia morfo - morfema. Los segmentos de identidad constituyen unidades de reanálisis que pueden influir en la constitución de nuevos derivados: por ejemplo, la secuencia *-nidad* se adjunta a *Cuenca* en *cuencanidad*. Y a su vez, el hecho de que se haya formado *cuencanidad* apoya la tesis del reanálisis, es decir, manifiesta la existencia de un modelo léxico identificado por su terminación *-nidad* que atrae a nuevas formas.

5. CONCLUSIONES

¿Hasta qué punto la segmentación o el reanálisis realizado por los hablantes pueden explicar determinados neologismos? El planteamiento que fundamenta ambas hipótesis es radicalmente distinto. Por una parte, la segmentación morfemática es un concepto gramatical e histórico, mientras que el reanálisis es un concepto cognitivo y sincrónico. Por otra parte, las teorías estructuralistas o generativas, que admiten la segmentación, basan sus modelos en la economía como principio motor del almacenamiento y procesamiento del lenguaje (las formas base están almacenadas y las complejas se crean por reglas); por el contrario, las teorías de corte conexionista o los modelos analógicos niegan la existencia de reglas como las entiende la lingüística tradi-

cional y defienden, por tanto, el almacenaje de las palabras como unidades enteras, sin segmentar, en el cerebro.

No ha sido motivo de este estudio exponer la confrontación de ambos modelos ni presentar toda la argumentación y experimentación psicolingüística que aboga por la organización del léxico almacenado y conectado en nuestro cerebro. Muchos estudios demuestran que “ni las raíces ni afijos se heredan como repertorios taxonómicos de constituyentes en expectativa para actualizarse en nuevas combinaciones libres o regladas” (González Ollé & Casado Velarde 1992: 94), que los afijos no se difunden aislados sino a través de palabras concretas (Aitchison 1987) y que si el factor frecuencia es tan importante para la difusión léxica es porque las palabras se almacenan enteras (Bybee 2002). La mediación de reglas en la formación de palabras es, sin duda, objeto de debate (Pinker 1995: 146-8). En este trabajo simplemente he cuestionado a través de algunos neologismos con el sufijo nominalizador *-idad* la validez de una segmentación en raíz + interfijo + sufijo que, en mi opinión, es artificiosa desde el punto de vista cognitivo y antinatural desde el punto de vista de la misma formación originaria del derivado. Formaciones como *feminidad* en vez de **femeninidad* o *marroquinidad* por **marroquidad* evidencian la importancia que tienen en la difusión léxica las conexiones formales y semánticas entre palabras, la frecuencia de los modelos y de los items, el contexto de uso y la competencia del hablante, que es quien establece las relaciones entre palabras. Así, el reanálisis se ajusta mejor a la realidad cognitiva de los usuarios de la lengua y justifica los cambios y las formaciones que no encajan en los patrones de segmentación clasificados tradicionalmente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AITCHISON, J. (1987): *Words ind the mind. An introduction to the mental lexicon*. Oxford / Cambridge, Mass.: Blackwell.
- ALEMANY BOLUFER, J. (1920): *Tratado de la formación de palabras en la lengua castellana. La derivación y la composición. Estudio de los sufijos y prefijos empleados en una y otra*. Madrid: Victoriano Suárez.
- ANDERSON, S. R. (1982): “Where’s morphology?”. *Linguistic Inquiry* 13, 571-612.
- BÉRTINETTO, P. M. (1994): “Phonological representation of morphological complexity: alternative models (neuro- and psycholinguistic evidence)”, *Cognitive Linguistics* 5, 77-109.
- BYBEE, J. (1985): *Morphology. A study of the relation between meaning and form*. Amsterdam: John Benjamins.
- (2001): *Phonology and language use*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2002): “Word frequency and context of use in the lexical diffusion of phonetically conditioned sound change”. *Language Variation and Change* 14, 261-290.
- CAMPA, H. (1987): *Diccionario inverso del español. Su uso en el aula*. Madrid: Narcea.
- DCECH = COROMINAS, J. & J. A. PASCUAL (1980-1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- EDDINGTON, D. (2000): “Spanish stress assignment within the analogical modeling of language”. *Language* 76, 92-109.

- (2002): "Spanish diminutive formation without rules or constraints". *Linguistics* 40, 395-419.
- GONZÁLEZ OLLÉ, F. & M. CASADO VELARDE (1992): "Español: Formación de palabras". En Holtus, G., M. Metzeltin & C. Schmitt (eds.): *Lexikon der Romanistischen Linguistik. Band VI,1: Die einzelnen romanischen Sprachen und Sprachgebiete von der Renaissance bis zur Gegenwart. Aragonesisch/Navarresisch, Spanisch, Asturianisch/Leonesisch*, Tübingen, Niemeyer, 1992: 91-109.
- HARRIS, Z. S. (1942): "Morpheme alternants in linguistic analysis". *Language* 18, 169-80.
- HOCKETT, C. F. (1958) [1971]: *Curso de lingüística moderna*. Buenos Aires: Eudeba.
- LANG, M. F. (1990) [1992]: *Formación de palabras en español. Morfología derivativa productiva en el léxico moderno*. Madrid: Cátedra.
- MATTHEWS, P. H. (1965): "The inflectional component of a Word and Paradigm grammar", *Journal of Linguistics* I, 139-71.
- PINKER, S. (1995): *El instinto del lenguaje*. Madrid: Alianza.
- (1999): *Words and rules: the ingredients of language*. New York: Basic Books.
- RAINER, F. (1993): *Spanische Wortbildungslehre*. Tübingen: Niemeyer.
- RUMELHART, D. E. & J. L. MCCLELLAND (1986): "On learning the past tenses of English verbs". En McClelland, J. L. & D. E. Rumelhart (eds.) *Parallel distributed processing: Explorations in the microstructure of cognition. Vol. 2: Psychological and biological models*. Cambridge, Mass.: The MIT Press, 216-71.
- SANTIAGO LACUESTA, R. & E. BUSTOS GISBERT (1999): "La derivación nominal". En Bosque, I. & V. Demonte (eds.): *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 1999: 4505-94.
- SKOUSEN, R. (1989): *Analogical modeling of language*. Dordrecht: Kluwer.
- (1992): *Analogy and structure*. Dordrecht: Kluwer.